

XXVIII

MONJES Y PIRATAS

Con la capitulación de Granada no termina la guerra entre moros y cristianos, solamente cambia de escenario y frentes, ahora pasa a la mar de Alborán, la costa del reino de Granada queda en primera línea y su hinterland hasta una profundidad de veinte a cuarenta kilómetros va a estar bajo la amenaza de las incursiones de los piratas berberiscos durante poco más de dos siglos. Vienen también al asalto corsarios franceses, ingleses, holandeses e italianos, éstos raras veces. La amenaza inminente y constante es la de los piratas berberiscos y argelinos, que no sólo roban sobre la mar, sino que más frecuentemente saltan a tierra, se internan, roban, matan y cautivan.

En septiembre de 1492, Hernando de Zafra escribe a los reyes: «Certifico a vuestras Altezas que un corsario francés ha estado corriendo desde el Estrecho hasta Almería más de treinta días con una nao de doscientos e cincuenta toneles, que la cosa más vergonzosa del mundo ha sido, como de Herrera vuestras Altezas podrán ser informados, y la vida diera por poder armar contra él, más súpelo tan tarde que non ha habido lugar. Y agora parte Francisco de Alcaraz a informarse si todavía está allí y si allí estoviere, por ventura con ayuda de Dios podrá ser que pague». En aquel mismo año es un corsario genovés el que roba un navío cargado de mercaderías frente a la costa de Cartagena. En julio de 1494 asaltan y roban frente a las costas de Almería una carabela florentina. Son las reliquias del curso medieval; pero no es una guerra como la de los piratas berberiscos contra las costas españolas del Mediterráneo, a la deshilada unas veces y organizada otras, siempre sorda y a traición.

La piratería era tan vieja como la mar, la practicaban todos los vecinos de la mar de Alborán. Hernando de Zafra, al que hemos visto denunciar a los reyes la presencia en nuestras aguas de un corsario francés en el otoño de 1492, un año después les contaba alborozado cómo un sobrino suyo había ido con tres fustas y dos tafureas a entrar en el campo de Targa, había matado muchos moros y había vuelto con treinta y tres moros cautivos y doscientas vacas. En el «Memorial para la guerra de aliente» se justifican las piraterías de los españoles en el enfrente africano con «que la gente de Africa es de tal condición que, cuando no les guerrean, luego vienen a guerrear donde hallan más amaño, y cuando los guerrean, dejan de guerrear y ponen su cuidado en guardarse, y aun esto no saben bien hacer, guardarse, que todavía los toman como a ganado». Parece la opinión popular de lo que debía ser la política norteafricana de Castilla, para completar la conquista del reino de Granada.

La geopolítica imponía a los reinos de la Península Ibérica la servidumbre de dominar el enfrente africano; pero en el corto espacio de un cuarto de siglo, entre la conquista de Granada, 1492 y la llegada de Carlos I, 1517, cuatro empresas capaces de consumir las energías del pueblo más vigoroso fijaron la atención de los españoles: América, Italia, Europa y Africa, las tres primeras daban fama universal, Africa era la menos vistosa pero la más necesaria y, aunque se ocuparon los cuatro puntos principales —Orán, Mazalquivir, Melilla y Ceuta, no se profundizó hasta el Africa negra, como haría después de 1570 un morisco de Cuevas del Almanzora al servicio del rey de Marruecos.

Lo ve Braudel, historiador del Mediterráneo de entonces. «Acaba la Reconquista, los vencedores cristianos se vieron enseguida empujados a apoderarse de la costa Sur de la Manga Iberoafricana (lo que llamamos la Mar de Alborán), aunque sin lanzarse a esta empresa sin la firmeza y claridad de miras, que requerían los intereses de España. Fue una catástrofe, en efecto, para la historia de España el que, después de la ocupación de Melilla en 1497, de Mers el-Kebir en 1505, del Peñón de Vélez de la Gomera en 1508, de Orán en 1509, de Mostaganem, Tremecén, Tunes y del Peñón de Argel en 1510, no se llevara adelante con toda decisión esta nueva guerra de Granada, que se sacrificara esta tarea ingrata pero esencial, al espejismo de Italia y a las relativas facilidades de América. Que España no haya sabido, querido o podido desarrollar su triunfo inicial, tal vez demasiado fácil, que no haya llevado adelante esta guerra hasta más allá del Mediterráneo, constituye tal vez uno de los grandes capítulos de una guerra frustrada. Como ha dicho un clarividente pensador, España es mitad europea, mitad africana. Faltó entonces a su misión geográfica y por primera vez en la historia el estrecho de Gibraltar se convirtió

en una frontera política». Ocho siglos antes, Muza vio esta realidad, ocupó los dos territorios, que enmarcan el Mediterráneo occidental y los musulmanes los dominaron durante ocho siglos.

Ni la guarda de la costa del reino de Granada organizada en el 1497 por los Reyes Católicos ni la conquista de los puntos estratégicos de la costa africana fueron suficientes para acabar con los piratas berberiscos. Las costas africanas eran un hervidero de piratas y corsarios, alentados y sostenidos por el poderío creciente de los turcos y por el revanchismo de los granadinos pasados allende a raíz de 1492 y de los moriscos trásfugas y ayudados y encubiertos por los monfies. Dice Mármo! que los monfies y aún los moriscos en apariencia de paz acogían a los piratas, «dábanles avisos para que matasen, robasen y captivases cristianos y aun ellos mismos los captivaban y así venían los corsarios a enriquecerse a España como quien va a unas Indias». Las presas más codiciadas por los piratas eran los muchachos, que vendían en los mercados de Berbería y Argel. Los mismos moriscos que se iban clandestinamente a Marruecos, solían llevarse, cuando podían, los hijos de sus convecinos cristianos viejos, rica presa y último daño, que podían causarles. Dice Pedraza que los piratas «hurtaban niños de noche y aun los moriscos, como ladrones de casa, lo hacía mexor, y después, en una noche se pasaban a Berbería con la infantería cristiana».

Los moriscos mostraban buen semblante a sus convecinos cristianos viejos e incluso llevaban con paciencia los excesos, que algunos cometían contra ellos, aguardando la primera ocasión para desquitarse. Los que conseguían pasar a la otra orilla, ponían a sus correligionarios de allí al corriente de los lugares de la costa más desguarnecidos, de las calas menos vigiladas, de los lugares y alquerías en los que podían dar el golpe más a su salvo, de los monfies que estaban dispuestos a ayudarles y preparados para irse con ellos.

Al oscurecer las pequeñas embarcaciones africanas recalaban en las más escondidas calas, echaban su gente a tierra, subían por ramblas y barrancas, atajaban por sendas inverosímiles guiados por antiguos vecinos de la tierra, caían sobre una población desprevenida, los moriscos del lugar les ayudaban a matar y robar a los cristianos viejos y al amanecer volvían a la cala y embarcaban con la presa de cautivos; si ésta era importante y la incursión no había sido descubierta, permanecían uno o varios días escondidos descansando o agrandando el daño. Con ellos se iban los moriscos que les habían ayudado. «Muchas veces —dice Mármo!— se iban las alcáirías enteras».

Si las guardas de la costa descubrían a tiempo el desembarco, daban el rebato con ahumadas o almenaras a las fortalezas del distrito y a los

pueblos del interior, los vecinos se refugiaban en las iglesias y en las torres que habían construido junto a sus casas, en Berja y Ugíjar principalmente, los soldados ayudados por las milicias concejiles perseguían a los piratas hasta apresarlos o arrojarlos a la mar, si no eran derrotados, como a veces ocurrió. Destruído el grueso de los corsarios desembarcados, hasta los moriscos ayudaban a capturar a los desperdigados, que valían un dinero en el mercado de esclavos.

En los pueblos del reino de Granada convivían moriscos y cristianos viejos, éstos en desproporcionada inferioridad numérica, amparada en el fuero de los vencedores y en las pequeñas guarniciones y compensada con el privilegio de llevar armas, que solía reclamar los moriscos bautizados antes del bautizo general de 1500. Los otros moriscos se las proporcionaban como podían, las tenían escondidas y generalmente estaban mejor armados.

Desde un principio se tomaron disposiciones contra los moriscos que ayudaban a los corsarios y a favor de los que ayudaban a apresarlos. Por una real cédula de 1514 se hace merced a los que apresaran corsarios de que fueran syuos y los pudieran vender como esclavos sin dar el quinto al rey; tenían que presentarlos a las justicias, que los vendían y daban el importe obtenido a sus aprensores, o bien éstos recibían ocho mil maravedís por moro cuativedo en el momento de la entrega. Para ejercer un mayor control sobre los piratas apresados, se dispuso en el 1551 que se llevaran a Granada y entregaran al conde de Tendilla, que ordenaba la venta y repartía el importe entre los aprensores.

La piratería norteafricana, que desde la más remota antigüedad venía actuando de un modo intermitente, se aviva con la llegada de los moros granadinos, perdida su patria, y fue vista con simpatía y favorecida por los que se quedaron. Constituía la última oleada africana, de otra forma y con otros medios. «Los moros —decía el conde de Tendilla, luchador de vanguardia en tan sucia guerra, al secretario real Conchillos— traen mejores fustas y mejor armadas que anda las galeras y la gente dellas viene determinada a aventurarse y no (es) alquilada». Eran voluntarios, no mercenarios, que hacían del robo su profesión. Los exiliados granadinos, que los acompañaban y guiaban, o que algunas veces venían por su cuenta, lo hacían por revancha. La mejor arma de los corsarios de uno u otro color era la sorpresa.

Reseñamos a continuación las acciones de los piratas sobre la costa de la Alpujarra, que más directamente afectan a nuestra tierra. En el 1494 «moros de allende» caen sobre la costa del distrito de Adra y se llevan una barca cargada de sal de las salinas viejas de Roquetas, que unos moros de Almería llevaban a vender a la «Serranía de la Rábida de Buñol

(Albuñol)». El propietario de la barca era Hamete Altar el Ciego y el armador, Sancho de Arróncz».

En la Cuaresma de 1502 unos moros desembarcan en Almuñécar, salen a su encuentro los escuderos de la capitania de Manuel de Benavides, en la refriega muere Rodrigo de Castro, los demás consiguen echarlos al agua.

El año que va del verano del 1508 al de 1509 es un año movido en la costa de Adra. En agosto de 1508 el conde de Tendilla escribe a don Hernando de Córdoba, su hombre de confianza, abuelo de Abén Humeya, patriarca de la Alpujarra, que reside en Válor, que unos piratas han saltado a tierra, han cautivado cincuenta cristianos viejos y se han internado por Válor hasta Sierra Nevada. Se sabe que les han ayudado con víveres los moros de Huéjar. Tendilla ha ordenado a su sobrino Juan Hurtado que envíe en su persecución una cuadrilla de su capitania. Encarga a don Hernando y a los moros de Ugijar que busquen a los piratas y les quiten los cristianos que llevan, pues si no lo hacen, lo menos que les puede suceder es que les obliguen a rescatarlos a su costa. Lo mismo ordena a los moros de las otras tahas incluida la de Alboloduy.

El 28 de este mismo mes y año Tendilla escribe al conde Pedro Navarro que unos piratas berberiscos han desembarcado y se han internado hasta el Jebelcy, cerca de Orgiva, camino de la Alpujarra, donde han apresado a unos cristianos viejos y nuevos, que volvían de vender seda en Granada, les han quitado el dinero, se han llevado a los cristianos viejos y han dejado libres a los nuevos, uno de los cuales es regidor de Laujar, está casado con una hermana de Alonso Venegas, alguacil mayor de Granada, hija de do Pedro de Granada, infante de Almería, al que han robado seiscientos ducados, importe de la seda que había vendido. Tendilla ha enviado dos cuadrillas en su persecución, medida inútil si la armada no rastrea la mar hasta Gibraltar. Mientras Tendilla alerta las guarniciones de la costa y prepara otra cuadrilla, se le adelanta don Alonso Venegas, fogoso e imprudente, cualidades que no eran de provecho en aquella guerra, entra en el Padul, mata cuatro hombres y una mujer y prende siete, todos moros de paz, alerta la tierra con ahumadas, con los piratas, advertidos, ganan la costa y consiguen escapar. Tendilla expone lo sucedido al rey y le pide que le señale cuáles son sus atribuciones como capitán general de la costa del reino de Granada. Opina que «tomándose y cautivándose los vecinos de la tierra desta manera (a ciegas) aborrirese an y harán alguna locura».

Media docena de cartas dirigidas por Tendilla a otros tantos destinatarios en septiembre de 1509 cuentan un salto de moros en la playa de Adra, se han dividido en dos cuadrillas, una ha subido a Jubiles y la otra

se ha metido en la sierra de Gádor. Sus espías de Berbería le han avisado que «los moros vernan a Berja y Dalías bien presto. También le han dicho que el alcaide del Peñón de Vélez de la Gomera se prepara para venir en las lunas de septiembre y octubre. Avisa que vengan las galeras a quemar las fustas, cuando se produzca el salto de los moros «con lo que la guerra era quita», pues en Tetuán y Tarraga no hay madera ni clavos para hacer más fustas. Ha enviado a Adra el capitán Pedro Ladrón con cincuenta soldados y ha ordenado a Plasencia que se llegue con más refuerzos, pues aunque éstos no son cuantiosos, «pudiera ser que estorbaran algo de lo que harían los moros, si ellos no estuviesen». Los vecinos de Adra se quejan de los soldados de Ladrón, que se desmandan y son peores que los moros. Tendilla les dice que los ha enviado no para que estén fijos, sino para reforzar de momento la guarnición y sabiéndolo los moros, desistan de venir sobre Adra. El suceso fue contrario, pues los moros cayeron sobre Adra en los primeros días de septiembre, apresaron siete soldados de Ladrón y se internaron en la Alpujarra. Tendilla dice al capitán: «Estas son cosas de guerra y los que una vez pierden, otras ganan».

Hubo descuido por parte de los soldados que estaban en Ugijar, pues teniendo noticias ciertas de que los moros habían saltado al Campo de Dalías, no bajaron a cortarles el paso. Los piratas se distribuyeron en dos grupos y guiados por cinco moriscos, subieron unos a la Alta Alpujarra Granadina y fueron detectados en Jubiles, los otros, guiados por el morisco Acetiie, fueron localizados en la sierra de Gádor. Tendilla envió caballería a correr la costa y procurar que los piratas no escapasen, pero los piratas, acosados por los soldados de Ladrón y Plasencia, se mantuvieron quietos en sus escondites y se fueron cuando se restableció la calma. Los vecinos de Adra pidieron a Tendilla que les enviase de guarnición treinta lanzas y Tendilla les dijo que les enviaría cincuenta, si las tuviera. Muchos años después las enviaron.

El 26 de mayo de 1510 Tendilla comunica que los moros han saltado a tierra en la Rábita o en sus alrededores, han subido por la rambla de Albuñol, han robado los lugares de Pinos, Murtas y Detiar y se han llevado cautivos a sus vecinos. «Bonitos tres lugares son —comenta— pero yo en aquellos ni en las casas de Verja no querría se cumpliese mi merced, porque es bien esperar a ver qué manda el rey». Era este uno de los lugares más peligrosos, porque salvada la fortaleza de la playa, que guardaba la boca de la rambla de Albuñol, una rábita que dio nombre a la población que se formó a su amparo, los piratas podían internarse en la Baja Alpujarra granadina o pasar al Río Grande de Adra y subir a la taha de Berja. La expresión «Casas de Verja» se refiere a los dieciséis lugares que formaban su taha. Tendilla no los quería ni regalados, prefiere esperar a que el rey le haga otra merced.

El domingo 17 de agosto de 1511 Tendilla escribe a Juan de la Ramba, requeridor de las guardas del partido de Adra, previniéndole que una fusta berberisca iba a venir el martes siguiente a saltar en la playa que se extiende entre Castell de Ferro y Cabtor (?), y recoger unos piratas que había en tierra, que la caballería vaya a ponerles una celada y él vea de apresarlos con los peones de la capitanía de don Alonso Venegas.

El año 1513 comienza con un desembarco de piratas berberiscos en la playa de Adra, que se internan en las sierras vecinas. Para buscarlos Tendilla utiliza incluso clérigos y moriscos de cierta confianza que, no obstante, tiene por venales. En una carta al marqués de Denia dice que apreciaba a Juan de Santit, alguacil morisco de Dafías, cuya confianza ganó regalándole un capuz, que le costó cuatro ducados y otros cuatro ducados en metálico y le cita este tipo, «porque vea vuestra merced quién son éstos». El 14 de enero encarga a este alguacil que con los vecinos de la taña de Dafías suba a batir la sierra de Gádor, como le ha ordenado don Alonso Venegas, so pena de los castigos que se imponen a los que no vaya. Fide a Cristóbal Cano, vicario del partido de Berja, que haga lo mismo, pues sabe que es capaz de tal empresa y de mucho más. Ordena a Juan Sedano, alcaide de Adra, que haga lo que Venegas le ordene y lo comunique al vicario de Berja. Se apresaron algunos piratas, que Venegas quiso repartir de momento; pero Tendilla le dijo que el reparto no se podía hacer así, pues «el repartir de las cabaigadas tiene sus leyes y no puede sobre salir dellas, que luego sería el apelación en la mano».

El 22 de febrero comunica al rey la presa de un bergantín pirata y la suerte que han corrido los cuarenta y cuatro moros que venían en él, que eran monjes escapados allende en diversas ocasiones, que en este barco venían a robar. Supo por sus espías que iban a saltar entre Motril y Adra, envió a su hijo con la gente disponible a correr dicho tramo de costa y avisó a don Antonio de la Cueva, corregidor de Almería, que la corriera hasta Adra. Los del bergantín echaron unos hombres a tierra, advirtieron que estaba alertada y se hicieron a la mar; pero toparon en los Mingreles con las galeras de patrulla, que lo apresaron con los treinta y ocho hombres de armasa, que quedaban a bordo. De los moros desembarcados, Berrio, alguacil de la Alpujarra que llevaba una cuadrilla de moriscos, mató cinco y don Antonio de la Cueva, cuatro cerca de Dafías y apresó uno. Uno de los moros muertos por don Antonio era el «Sordo de Berja, que era un ombre que si pasara allende, hiciera mucho daño». Tendilla mandó descuartizar dos o tres de los piratas apresados en Granada y seis en distintos lugares de la Alpujarra, para que sirviera de ejemplo.

En junio de aquel año vuelven a saltar moros en el Campo de Dafías, cautivan algunas personas y suben a la sierra de Gádor. Tendilla lo comu-

nica a don Alonso Venegas. «Y los cautivos —le dice— están en unas cuevas de la sierra de Gádor; si de aquellas se supiese, sería mejor presa que de moros». De los moros que los tienen cautivos, algunos van cada dos o tres días a un molino a recoger comida; esperándolos allí, se les podría apresar. Don Alonso le da a su vez la noticia que en el campo de Cartagena están alertados por rebato de piratas franceses, que han llegado hasta allí en fustas. La presencia de piratas franceses en la mar de Alborán no era noticia, entonces se comentaba por haber venido de tan lejos en tan ruines navíos. Los que preocupaban al conde de Tendilla eran los piratas berberiscos, que lo tenían en alerta permanente y con las orejas erectas.

El 26 de junio dice a don Iñigo Manrique, gobernador de Málaga, que sabe por sus espías que los piratas berberiscos van a caer en los lugares que guarda el licenciado Zapata o por la parte de Berja y Dalías. Los piratas saltan a tierra en la costa del Campo de Dalías y se embreñan en las sierras próximas, donde se les unen algunos monfies. Tendilla escribe a don Antonio de la Cueva que salga de Almería con dos cuadrillas de cincuenta o sesenta hombres cada una, que envíe una a correr la sierra de Gádor por sobre Dalías y él vaya con la otra a rastrear el Campo de Dalías. El 17 de agosto, que es la fecha de la carta de Tendilla, una galera de la armada obligó a embarrancar en la playa de Motril a una fusta con dieciséis hombres, apresó la mitad y «los otros se metieron por los encañales».

En la segunda quincena de agosto, el alcaide Plasencia levantó el rastro de una cuadrilla de veintisiete moros, que habían saltado a tierra en las mismas playas que los anteriores, los siguió hasta Orgiva, donde entregó el rastro a su alcaide. Volvieron a levantar el rastro de estos piratas entre Ferreira y Jubiles por donde se habían visto dos ahumadas. Tendilla avisa a Juan de la Rambia, alcaide de Adra, que si está en Torviscón, tome ración de pan y queso y vaya a buscarlos, y si está en Adra, suba a Torviscón. Del verano-otoño de este año son las últimas cartas que conocemos del conde de Tendilla. Muere en los últimos días de julio de 1515. Perdió el reino de Granada un organizador eficaz y nosotros una fuente de datos de primera mano para restaurar la historia de aquellos años.

En septiembre de 1513, pasados los asaltos de agosto, se multiplican los bulos de correrías de piratas. Tendilla escribe a Conchillos, secretario real, que la costa está segura hasta Almería y pasado el otoño, la armada puede retirarse a invernar. Achaca los bulos, que corren por Granada y los pueblos de la Alpujarra a la picaresca de los maridos. «No falta onbre una noche en su casa que no dize que los moros lo han llevado».

Entre 1522 y 1568, año de la rebelión y guerra de los moriscos, se producen cincuenta y cuatro saltos de piratas berberiscos en las costas alme-

rienses, fracasaron en veinte de ellos y perdieron la vida en el lance, triunfaron en treinta y cuatro y se fueron con la presa. El más audaz fue el robo de Tabernas en septiembre de 1566.

En el 1522 vinieron cuatro fustas «a la torre de Alhambilla, costa de las Albuferas», echaron a tierra sesenta hombres y fueron a tomar agua a un pozo que había cerca. Acudió al rebato el capitán Herrera, de Adra, con treinta y cinco peones y once escuderos, preparó una celada en lo llano y el escudero Pedro Pinto llevó a los moros a cila; pero cuando estaban a ciento cincuenta pasos, el capitán Herrera echó a huir con los demás soldados. Pedro Pinto y Juan de Triana le dijeron que era una vergüenza huir y con los cinco peones pusieron en fuga a los moros y les obligaron a embarcar. El capitán quiso matar a los escuderos y despidió a los cinco peones. Seis días después llegó a Adra don Bernardino de Mendoza y volvió a admitirlos; pero Pedro Pinto se despidió por no servir con «tan cobarde capitán». Los moros volvieron a desembarcar y en presencia del capitán Herrera y sus soldados combatieron la torre de Alhambilla durante tres horas y apresaron al guarda. Algunos soldados propusieron ir a rescatarlo y el capitán dijo que fueran ellos, que él estaba cansado y se volvía a Adra. Los moros embarcaron al anochecer y se hicieron a la mar, a media noche un vendabal arrastro una de las fustas y dio con ella de través en la playa, los de las otras fustas volvieron a la playa, desembarcaron y estuvieron en tierra hasta el amanecer. Se iban con ellos treinta moros, que habían tomado en el Cabo de Gata. Poco después volvió el capitán Herrera con sesenta peones y veinte escuderos. Veinte moros en cueros dos pescadores, que llevaban cautivos, echaron al agua la fusta, que había dado de través y se fueron sin que el capitán los molestase por temor a que los moros les tirasen desde las otras tres fustas, que volvían pero aún estaban a más de mil pasos, unos trescientos treinta metros. Se fueron con los piratas las treinta moras y algunos moros, los cinco cautivos consiguieron escapar y solamente se llevaron a los dos pescadores. Procesaron al capitán, los soldados dijeron que era muy cobarde y que les acució tanto a que huyeran que dejaron las mochilas, los moros los persiguieron llamándolos «judíos y les mostraban las traseras».

En la primavera de 1529 el pirata que imponía el terror en las costas cristianas del Mediterráneo era Barbarroja. Quince años después es su hijo el que las aterroriza. Contra el padre Almería pidió ayuda, contra el hijo no quiso armarse. En el 1549 el capitán general baja a la costa en busca de unos piratas y encuentra otros; le habían avisado que cuatro galeras turcas merodeaban por el Cabo de Gata y encuentra «una nave de franceses cotsarios», que hacía mucho daño. En agosto le avisan que «Abu Arraez andaba por la costa deste Reyno con mucha cantidad de navíos».

Refuerza la guarnición de Almería con la compañía del conde de Chinchón, que mandaba el capitán Pedro de Samaniego, lo que para los moriscos de la tierra fue enviarles el diablo.

Albuñol tiene accesos naturales desde la Rábita por una rambla vigilada entonces por la atalaya del Puntal y desde la playa de Carchuna por otra rambla vigilada por la atalaya de Melicena. La noche del siete al ocho de agosto de 1549 los guardas del Puntal no hicieron su atajo a la cala del Muerto, se quedaron encerrados en su torre. Uno de los guardas de la vecina torre de Guarea se fue a dormir a Albuñol. Los guardas de la atalaya de Vélez Málaga descubrieron unas naves piratas navegando hacia levante y enviaron el rebato de torre en torre, que por los descuidos indicados llegó tarde a Albuñol.

A primera hora de la noche tres navíos berberiscos, navegando a vela se acercaron a Melicena, echaron su gente en la playa de Carchuna y ésta subió a Albuñol por las ramblas vecinas. Un testigo presencial, Hernán Vázquez, que aquella noche estaba de vigilancia con Alonso de Sanciente en el terrazo de la casa del señor de Albuñol, cuenta que «al querto del alba oyeron moros y miró hacia la iglesia y le tiraron una saetada, y vido muchos moros a la puerta de la iglesia con dos banderas blancas, y oyó como daban muchos golpes en la puerta de la iglesia y en las otras casas de los cristianos viejos, de manera que los robaron y cautivaron treinta y cinco personas, chicos y grandes, mugeres, niños y hombres, y que no sabe por donde se vinieron». Mataron a un hombre que se llamaba maese Juan.

Una hora antes del amanecer Juan Vázquez, guarda de la torre de Melicena, recibió el rebato de Vélez Málaga y fue a llevarlo a la Rábita. Al volver hubo de darse prisa a encerrarse en su torre, a la que ya llegaban los piratas con la presa, en la que también iba su hijo. Los piratas le dijeron: Baja y rescata tu hijo y éste le llamó: ¡Padre! Comenzaron a combatir la torre, su compañero de estancia acertó a un moro con una saetada y los demás abandonaron el asedio, bajaron a la playa, embarcaron y tomaron la derrota de Levante. Al amanecer las torres comenzaron a pasarse el rebato con ahumadas. De Adra salió con sus hombres el capitán Diego Herrera; pero el daño estaba hecho. Solamente le quedó por hacer abrir la información, a la que debemos estas noticias.

El 20 de agosto, Tendilla daba al rey cuenta de lo sucedido. Los piratas habían saqueado en Albuñol nueve casas, habían matado un cristiano viejo, se llevaron cautivos un morisco y treinta y cuatro cristianos viejos —cuatro hombres y treinta mujeres— y unos niños. Tendilla tenía presos en la Alhambra a los cinco moriscos que guiaron a los piratas y les señalaron las casas de los cristianos viejos y a tres guardas de la costa que pre-

sentaron sus descargos y resultaron inocentes. El único culpable fue el guarda de Carchuna, que aquella noche se recogió a dormir en Albuñol, por lo que no se dio el rebato a tiempo; pero pagó su culpa, pues los piratas saquearon su casa y se lo llevaron cautivo.

El 18 de octubre, Francisco Jiménez, atajador de la torre de las Roquetas, presenta a don Jerónimo de la Cueva, capitán y juez militar de Almería, ocho franceses que habían saltado a tierra de un barco pequeño cerca de su torre. Los franceses declararon que eran naturales de Dieppe y Rouan, salieron en la primavera de Marsella rumbo a Civita Vecchia a vender «lencería y debrásie». Fueron a Candía, donde caígaron malvasía. Tocaron en Sicilia. Poco después fueron atacados por piratas berberiscos, que les quitaron el barco con lo que llevaban y les dieron un carabó, para que volvieran a Marsella. El viento los arrastró a la playa de Roquetas, a la que ocho saltaron en busca de agua y los otros seis huyeron.

El 28 de abril de 1552 la armada de Alí Amate echa la gente a tierra junto a la torre de Balerna, sube a robar uno de los lugares de la taña de Dalías, probablemente Ambroz, que ya se conocía por Dalías la Nueva y es la Dalías actual. Se fueron con los piratas varias familias moriscas de Dalías y Berja y se llevaron cautivos veinte cristianos viejos —hombres, mujeres y niños— y anunciaron alafia o rescate en la playa de Almería, rescate que se concertó con los familiares en 5.555 ducados, a 277 ducados por cabeza uno con otro. Nunca los piratas habían pedido precios tan altos. Entre algunas personas reunieron 1.555 ducados. El rey mandó dar dos mil de los fondos de habices destinados a este fin. Diez años después no se había reunido el total y se acude de nuevo al rey, que mandó dar otros dos mil ducados, cantidad que no se hace efectiva hasta febrero de 1566. Estos cristianos fueron cautivados en un día y redimidos en catorce años. A otros cautivos cuando les llegó el rescate, se habían perdido en los aduares africanos y habían islamizado.

Este mismo año otra armada de piratas, la de Alí Arráez, sale del Vélez de la Gomera y razzia las costas almerienses, roban la pesquería de Balerna y un barrio de Dalías. Juan de Guzmán, armador de Almería, joba una fusta en Balerna con la que huye a Berbería, vuelve a robar y lo apresan cerca del Cabo de Gata. En junio una goleta argelina echa gente en el campo de Dalías, que se dedica a robar sus caseríos. Diego de Gibaje envió de Almería una cuadrilla de peones a la torre de las Roquetas, para que los piratas no robasen la pesquería y se llevaran las barcas. Después envió siete escuderos a perseguirlos. Algunos moriscos del Campo de Dalías se refugiaron en Almería y otros, que los piratas se llevaban cautivos, consiguieron escapar.

En el 1557 Cristóbal de Caballos, alcaide de Balerna, hombre viejo y enfermo, dice al capitán general «que la tierra no estaba segura y ay moros en ella». El año siguiente una armada berberisca desembarca en la playa de Balanegra cuatro mil escopeteros, que suben y saquean las aldeas de Berja. La noticia la da Reglá y la citan Gamir y Gallego Burín. Parece exagerada, pues nunca, ni durante la guerra de los moriscos, desembarcaron en las costas almerienses tal cantidad de hombres armados ni he encontrado en archivo alguno referencia a este suceso, por lo que creo que con el respeto debido a don Juan Reglá hay que ponerla en cuarentena.

En mayo de 1558 Almería avisa a Adra que hay en Agua Amarga treinta navíos turcos. En agosto la Princesa de Portugal avisa al conde de Tendilla que en las Baleares hay una armada turca de ciento treinta navíos. En la costa del Campo de Dafas la novedad se reduce a que unas goletas berberiscas toman varios moriscos de Felix y de otros lugares de la Alpujarra, van a desembarcar en la playa de Almería, son rechazados por don Juan de Villarroel, pierden dos moros, reembarcan y se van.

En agosto de 1560 piratas berberiscos desembarcan en Castell de Ferro, suben a Notaes y Cástaras, recogen un grupo de moriscos que los esperaban con sus mujeres y bienes muebles y vuelven a la playa a embarcar; les salen al encuentro soldados de Motril, que en la refriega dan muerte a los berberiscos y a algunos moriscos y llevan a los demás a Granada.

A mediados de enero de 1564 llega a Almería un barco de Gibraltar, en el que viene «un hombre mancebo, que empieza a barbar y dijo será de edad de veinte y dos años». Había estado cautivo dos años y medio del alcaide del Peñón de los Velox; cuenta cómo éste se llevó los moriscos de la aldea de Tarbal, próxima a Níjar. Embarcaron en la playa de Rodalquilar, pasaron frente a Almería «tocaron en las Roquetas y allí estuvieron todo el día con una bandera tendida en la capitana, e mataron el ganado que llevaban y saaron con la sal de las Roquetas y aquella noche se partieron...» Eran ocho navíos. Nadie los molestó ni en Rodalquilar ni en Roquetas.

El sistema de pasar los rebatos de torre a torre por cartas, que llevaban los atajadores, tenía su quiebra si los atajadores se descuidaban. El 16 de octubre de 1565 Baltasar de Sedano, requeridor del distrito de Adra, recorre las torres de su distrito por encargo del conde de Tendilla, para averiguar por qué dos cartas de rebato, fechadas una a la una de la madrugada del día catorce avisando la presencia de una galeota en el Cabo de Gata, y la otra a las dos de la tarde del día siguiente avisando la presencia de once navíos en el mismo paraje, ambas firmadas por don Juan de Villarroel, habían tardado veinticuatro horas en llegar a Adra. El guarda

de la torre de Alhamilla dijo que la carta primera llegó a su poder a las diez de la noche, hora exacta que indicaban la luna saliendo por la punta del Tarfe y el lucero de los astillejos, que estaba a más de un cuarto de legua de su torre; las llevó a Adra el atajador Andrés Marín. En las demás torres le dieron la hora exacta, si llegaron de noche, porque la miraban en las estrellas. Encontró el fallo en que el guarda de la Garrofa no estaba aquella noche en su torre. Tendilla le echó unos años de cárcel.

En noviembre de aquel año los capitanes Samaniego y Herrera le dicen al conde de Tendilla que en Larache se preparan ocho navíos para venir a llevarse la población de Ugijar. Lo saben por las declaraciones que han arrancado a unos berberiscos. Piden socorros y que se alerte a los cristianos viejos.

En septiembre de 1566 los piratas berberiscos roban Tabernas, la acción más espectacular, se llevaron 150 acémilas cargadas con los despojos del saqueo, 48 cristianos viejos cautivos y se fueron con ellos 600 moriscos de Tabernas y 243 de Lucainena de las Torres. En marzo de 1567 trece piratas desembarcaron en la Garrofa, cruzaron sierra de Gádor, robaron Quiciliana y cuando volvían por el mismo camino con el expolio y trece cautivos, les salieron los soldados de Almería, les quitaron lo robado y los cautivos, apresaron nueve, de los que dos fueron ahorcados en las puertas de Almería. El mismo mes Martín de Aguirre, vecino de Berja, comunica al conde de Tendilla que habían pasado frente a las Roquetas treinta y tres navíos de moros.

Los moros que no se resignaron a perder la guerra de Granada, y con ella el dominio de su tierra, se echaron al monte y se dedican al robo. Aparecen de un modo intermitente en todas las comarcas, aun en las más alejadas de la costa. Son los célebres monfies, mitificados por nuestros escritores románticos. Inmediatamente después de la rendición de Granada aparecen «en los campos y yermos de la Alpujarra e de otras partes». En el 1494 bajan de los Vélez a robar en los caminos de Lorca al Alnanzora. En el 1500 asaltan en los caminos de la Alpujarra y en el 1508. El conde de Tendilla decía que sus nidos estaban en Vélez de Benahúñiga y en los Guaxares. «Destos salen malhechores a montones». En las tahas de Berja y Dalías actuaba la cuadrilla del Açeteyle. Tendilla envió contra él cuatro cuadrillas de nueve soldados cada una, que costaban mil maravedís de salario cada día y la manutención. Era general certidumbre que los monfies guiaban a los piratas, les preparaban presas y escondites y los moros de paz los aprovisionaban. En el 1511 la reina doña Juana y su padre ordenan que los moriscos denuncien la presencia de piratas y den los rastros para perseguirlos y en caso contrario paguen el daño que hagan.

En agosto de 1509 Tendilla ordena al capitán Pedro de Plasencia que durante un mes envíe a rastrear la Alpujarra cinco cuadrillas de cuarenta hombres cada una, operación que cuesta 157.500 maravedís, por lo que no podía realizarse con frecuencia por falta de dinero. En julio de este año el bachiller Baeza releva al alcalde mayor de Ugijar, remiso en castigar a un morisco influyente de Granada, don Miguel, antiguo aifaquí de su aljama y arrendador de rentas reales contra al voluntad de Tendilla, y a Sedano, alcaide de Adra y alguacil de la Alpujarra, que abusaban y oprimían a los moriscos, empujándolos a la guerrilla, único camino que les dejaban, desesperado si caían en manos de la justicia, que los condenaba a esclavitud o a muerte por descuartizamiento, esperanzado si conseguían irse con los piratas allende.

Otros motivos para tirarse a la sierra eran el odio a los castellanos ocupantes y el robo. Buena presa eran los cristianos que apresaban y llevaban a vender en las poblaciones del Norte de Africa y la seda. En abril de 1508 se pregona pena de muerte a los moriscos que huyan allende y vuelvan a robar. En el 1513 se atenúa esta pena por la de esclavitud. Tendilla opinaba que ni la esclavitud ni las galeras eran un castigo ejemplar, sólo la pena de muerte podía atemorizar a piratas y monfies. En el 1514 se restablece la pena capital.

En el verano de 1509 reúne a los alguaciles de las Alpujarras y les culpa de los daños que hacían monfies y piratas, pues andando éstos en cuadrillas de veinte y cuarenta hombres, forzosamente tenían que ser vistos y alguien tenía que darles de comer. Les amenaza con sacar la población morisca a Castilla y poblar la tierra con otra gente. Para patrullar la tierra de un modo permanente se necesitaban ciento cincuenta hombres, que costaban trescientos ducados al mes, que debían pagar los moriscos, si no querían ser deportados, unos estaban dispuestos a pagarlos, otros preferían ahorcarse a pagar. «No se puede con ellos acabar —decía Tendilla al rey— que de su grado se obliguen a cosa ninguna, aunque lo trabajamos».

En agosto de 1513 Tendilla visita la Alpujarra, no pasa de Berja y de vuelta, desde Orgiva escribe a don Antonio de la Cueva, corregidor de Almería, que en Berja los moriscos leales no se atreven a denunciar a los piratas y los monfies y los moriscos «malos, que ay, avisarlos y mantienellos», con lo que, siendo la tierras áspera, «ellos andan como por su casa».

Por sendas reales cédulas del 23 de octubre de 1514 se impone confiscación de bienes y pena de muerte a los que acojan, encubran y aprovisionen a monfies y piratas, y se ordena a los vecinos cristianos viejos y moriscos de los lugares, en que los piratas y los monfies cometan robos y

asesinatos, que les sigan el rastro en su término y lo entreguen a los límites hasta que sean apresados, so pena de pagar los daños causados y redimir los cautivos que se llevaren.

Puntos que fijaban la atención de monifes y piratas eran las pesquerías, en las que podían encontrar barcas en que pasar a Berbería. En el distrito de Adra había dos, Adra y Balerna; la primera bien guardada por la fortaleza y su guarnición, la segunda defendida por una torre, que era propiedad de Diego de Vargas, vecino de Trujillo, que tenía en ella una pequeña guarnición con su alcaide y a cambio de la protección que daba a los pescadores, casi todos moriscos y vecinos de Dalías, les cobraba una alcabala. De 1553 a 1559 fue alcaide Cristóbal de Caballos, que tan pronto tomó posesión de su cargo, recordó al marqués de Mondéjar, capitán general de la costa, que su padre había dispuesto que hubiese en la torre gente de a caballo, para mejor guardar la tierra y las barcas que allí pescaban, para que «los monifes y omizianos no puedan hacer daño ninguno». Motivaba el recordatorio que en abril del 1552 el pirata Ali Amate desembarcó en Balerna y saqueó Dalías, que estaban desguarnecidas, por lo que el capitán de Adra se había llevado las barcas a su varadero y no las quería devolver a sus dueños, con perjuicio para Dalías que se veía privada de los frutos de esta pesquería. El capitán general ordenó que se devolviesen las barcas y se guardasen las ordenanzas de las pesquerías.

De las muchas fugas de monifes allende la fracasada en marzo de 1552 reúne notas peculiares. Componían el grupo dieciséis monifes. Todos habían cometido algún delito de robo o asesinato. De algunos habían pasado a Berbería padres y hermanos. Los capitaneaba uno de Berja llamado Garzía Zabara. Iban armados con ballestas y espadas, algunas compradas a un balletero de Málaga, otras a los mismos guardas de la costa. Se reunieron a primeros de marzo en Orgiva, donde sus vecinos moriscos los proveyeron de pan, naranjas y agua. Caminaban de noche y dormían de día en los lugares más apartados. Llegaron una noche a las cercanías de Berja, donde durmieron el día siguiente y por la noche bajaron a Balerna, adonde llegaron al amanecer del día catorce. En un descuido de los guardas de la torre se apoderaron de un jabeque de los pescadores, le pusieron como vela una sábana, que llevaban a prevención y se hicieron a la mar rumbo a Tetuán.

Pasado el rabato a Adra, el capitán Diego de Herrera envió en su persecución una barca con soldados, que los alcanzó tres leguas mar adentro, llegaron al abordaje, soldados y monifes «se tiraron de facazos». Los monifes gritaban a los soldados: Moros somos e hijos de moros. En esto se levantó un fuerte viento de poniente, que separó las embarcaciones. Los soldados se volvieron a Adra. Algunos monifes dijeron de volver a la

costa; pero el capitán desenvainó su espada y amenazó con cortar la cabeza al que dijera de volver. Arreció el temporal, el viento arrastró el jabeque ochenta kilómetros hacia levante y dio con él de través en una de las calas del Cabo de Gata.

El Zavara quiso que todos juntos y escondidos por aquellos parajes esperasen la llegada de alguna nao pirata, cosa frecuente, que los recogiera y llevase a Berbería. Y si antes somos descubiertos —les decía— «moriremos como hombres y mataremos alguno de ellos»; pero los demás prefirieron volver a la sierra y refugiarse entre los suyos.

Mientras, se había dado el rebato en Almería, los soldados salieron en su busca, los encontraron cerca de Níjar, los monfies resistieron y los llevaron luchando sierra arriba hasta cerca de Lucainena, todos fueron apresados, les amarraron las manos y los encerraron en el corral de una casa, hasta llevarlos a Almería.

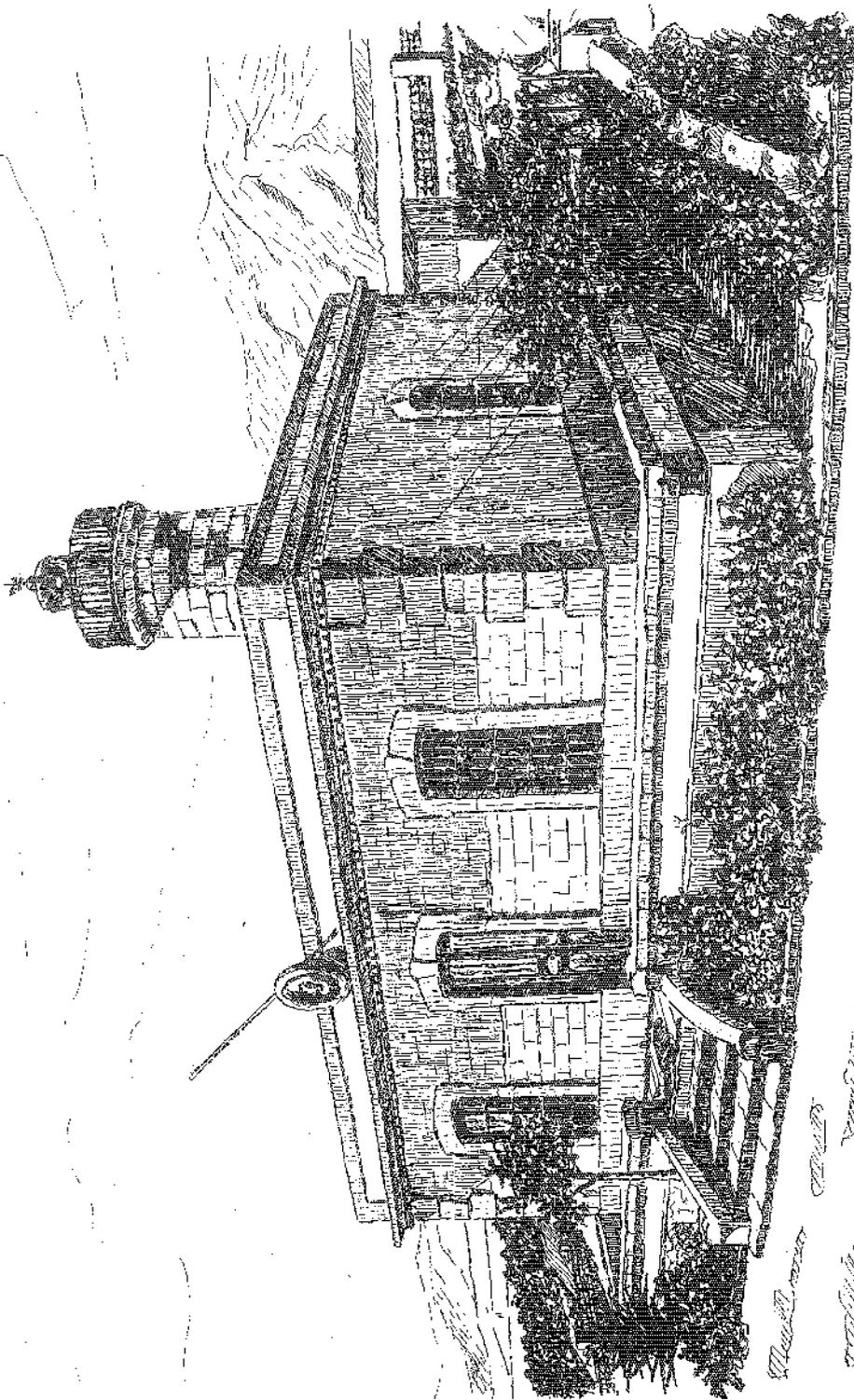
Uno de los monfies, García Dogale, natural de Buquistar en la taha de Orgiva, pidió a los soldados que le desataran las manos, que necesitaba «hacer aguas». Aprovechó el pretexto para saltar las bardas del corral y huir a la sierra. Fue apresado en Gérgal, contó al gobernador de la villa, que era señorío del conde de la Puebla, con toda suerte de detalles y notable desparpajo su increíble aventura.

El contador Francisco Suárez, que llegó aquella tarde a Gárgal camino de Madrid, quiso ahorcarlo sin esperar más; pero el alcaide no lo consintió. Echó unos grillos al monfi, lo bajó a un pozo o mazmorra y para asegurar la tapa de ésta, puso encima media piedra de molino. Aquella noche el monfi logró romper los grillos, salir de la mazmorra y escapar a la sierra, no se dice cómo, pero ayudado con toda seguridad por los moriscos, que guardaban el castillo. El alcaide pregonó dar diez ducados al que lo apresara; pero nunca más se supo del monfi.

Termino este capítulo con el reparto de una presa de piratas. El tres de octubre de 1563, estando en la torre de Punta Entina el vecino de Dalías Sebastián de Arenas, sustituyendo al guarda Francisco Min y en compañía del atajador Juan de Ación, vieron que se aproximaba a la costa un bergantín de moros, que al meterse en los bajos dio de través. Los dieciocho moros que lo ocupaban, ganaron la playa y se internaron en el Campo de Dalías en dirección a la sierra de Gádor. Los guardas dieron el rebato en Adra, Dalías y Berja. A los pocos días un morisco de Berja, Cristóbal Hercaya, presentaba en Granada dos moros, Omar y Yahya, apresados en el lugar de liar por los moriscos Hernando Panado y Miguel Lucayha. El 14 llegó aviso a Adra de que había moros en Salobra, salió el capitán Herrera con sus soldados y apresó siete. El 18 por la noche cuatro

vecinos moriscos de Negite apresaron otros dos, los tuvieron en sus casas cinco días y el 23 los entregaron en Adra a los capitanes Herrera y Samaniego. También fueron apresados y presentados los siete restantes, pues al ser caso tan notorio por la presa de Ilar y Salobra, los moriscos de la comarca no se atrevieron a esconderlos. Los dieciocho fueron vendidos en Granada por novecientos treinta y tres ducados y, deducido el gasto, se entregó el resto a sus aprensores, según el valor en que cada uno fue vendido. A los vecinos de Ilar les correspondieron por sus dos moros ciento veintiún ducados.

Se dan casos de cazadores de piratas. Diego Guerrero y seis vecinos de Adra, enterados de que había moros en el Cabo de Gata, se concertaron para ir a buscarlos. El importe de la venta de los que hallasen lo partirían entre los siete. Entre el Corralete y la Veia Blanca sólo encontraron un negro. A pesar de lo convenido, disputaron sobre la partición.



Adra. El Faro Viejo

Encomienda de Indias
1788